

El vivir del Dios-hombre con miras a un nuevo avivamiento

Lectura bíblica: Lv. 1:3, 9; 6:8-13; Jn. 21:15-17;

1 Jn. 3:14; 5:1; 2:6; 4:17; Gá. 6:2-3; Ro. 8:2

I. El deseo del corazón de Dios es que “la realidad [...] en Jesús” (Ef. 4:21) —la condición real del vivir de Dios-hombre que llevó Jesús según es descrito en los cuatro Evangelios— sea duplicada en los muchos miembros del Cuerpo de Cristo por el Espíritu de realidad a fin de que llegue a ser la realidad del Cuerpo de Cristo, la cumbre más elevada en la economía de Dios, con miras a un nuevo avivamiento (vs. 20-24):

- A. Los cuatro Evangelios muestran el modelo de la vida que Dios desea, el molde de la vida que puede satisfacer a Dios y cumplir Su propósito; Jesús llevó una vida en la cual Él hacía todo en Dios, con Dios y para Dios; Dios estaba en Su vivir, y Él era uno con Dios; esto es lo que significa *la realidad que está en Jesús*; aprender a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús equivale a ser moldeados en el modelo de Cristo, esto es, ser conformados a la imagen de Cristo—Ro. 8:28-29; Ef. 4:20-21.
- B. Estamos siendo perfeccionados por el Señor para ser Dios-hombres que llevan la vida divina al negarnos a nuestra vida natural conforme al modelo de Cristo, el primer Dios-hombre—Mt. 11:29a; 17:5b; 1 P. 2:21:
 - 1. En la vida que Él llevó sobre la tierra, Él estableció un modelo, según es revelado en los cuatro Evangelios; después Él fue crucificado y resucitado para llegar a ser el Espíritu vivificante a fin de entrar en nosotros para ser nuestra vida; aprendemos de Él según Su ejemplo, no por nuestra vida natural, sino por Él mismo como nuestra vida en resurrección—1 Co. 15:45; Col. 3:4.
 - 2. Nuestra vida cristiana es una vida en Cristo y también una vida de Cristo en nosotros; estamos en Cristo, quien es el molde, y Él está en nosotros como nuestra vida; de esta manera aprendemos a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús; esta realidad es la realidad del Cuerpo de Cristo—1 Co. 1:30; 2 Co. 5:17; 12:2a; Col. 1:27; Gá. 2:20; Ro. 8:10.
- C. A medida que amamos al Señor, tenemos contacto con Él y oramos a Él, automáticamente lo vivimos según el molde, la forma, el modelo, descrito en los Evangelios; de esta manera somos moldeados, conformados, a la imagen de este molde: esto es lo que significa aprender a Cristo—Mt. 11:29; Ro. 8:29.
- D. Cuando vivimos en el espíritu mezclado, aprendemos a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús por el Espíritu de realidad; aprendemos de Él como nuestro modelo a fin de que Su biografía llegue a ser nuestra historia; el vivir del Cuerpo de Cristo como nuevo hombre debería ser exactamente igual al vivir de Jesús revelado en los Evangelios—Gá. 6:17-18; Ro. 1:1, 9; Ef. 4:20-24; Fil. 2:5; Mt. 11:29; 1 P. 2:21.
- E. El propósito de Dios al enviar al Señor Jesús para que fuera un hombre consistía en que Él llevara la vida de un Dios-hombre por la vida divina; cuando lo comemos a Él, vivimos por causa de Él a fin de llegar a ser un gran hombre universal que es exactamente igual a Él: un hombre que lleva la vida de un Dios-hombre por la vida divina—Lm. 3:22-24, 55-56; Ap. 2:4, 7; Jn. 6:57, 63; Jer. 15:16; Ef. 6:17-18; Sal. 119:15.

II. La única vida que agrada a Dios es aquella que es una repetición de la vida que Cristo llevó en la tierra; ésta es una vida que experimenta a Cristo en Sus experiencias como holocausto—Lv. 1:9; Jn. 8:29; 2 Co. 5:9:

- A. El holocausto tipifica a Cristo como Aquel que lleva una vida de absoluta entrega a Dios y para la satisfacción de Dios; el holocausto también tipifica a Cristo como Aquel que es la

vida que capacita al pueblo de Dios para que tenga tal vivir—Lv. 1:3; Nm. 28:2-3; Jn. 5:30; 6:38; 8:29; He. 10:5-10.

- B. La palabra traducida “holocausto” denota algo que asciende; el hecho de que asciende se refiere a Cristo (Lv. 1:3, 10, 14); lo único que puede ascender desde la tierra a Dios es la vida que Cristo llevó, pues Él es la persona única que lleva una vida absolutamente entregada a Dios (Jn. 6:38).
- C. El holocausto era un “aroma que satisface a Jehová” (Lv. 1:9); las palabras hebreas traducidas “aroma que satisface” significan literalmente “olor de reposo o satisfacción”; el aroma que satisface es un olor que trae satisfacción, paz y reposo; tal aroma que satisface es un disfrute para Dios.
- D. La vida de Cristo en nuestro interior es la realidad del holocausto: ésta es una vida de obediencia, una vida de sumisión y una vida de completa dependencia de Dios, conforme al principio rector del árbol de la vida—Fil. 2:8; Jn. 5:19, 30; He. 5:8; 10:7:
 - 1. El hecho de que el hombre actúe solo e independientemente separado de Dios y fuera de Él es pecado; Dios quiere que actuemos conforme a Sus instrucciones en todo—Sal. 40:7-8; 1 Jn. 3:4.
 - 2. “El que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lc 18:17); Dios quiere que seamos como un niño todo el tiempo porque desea que dependamos de Él todo el tiempo; la confianza en nosotros mismos es el enemigo de la dependencia de Dios.
- E. Al poner nuestras manos sobre Cristo como nuestro holocausto mediante la oración apropiada, somos unidos a Él, y Él y nosotros llegamos a ser uno; mientras Cristo vive en nosotros, Él repite en nosotros la vida que Él llevó en la tierra, la vida del holocausto—v. 4; 1 Co. 6:17; Gá. 2:20.
- F. En tal unión, tal identificación, todas nuestras debilidades, faltas y fallas son llevadas por Él—2 Co. 5:21; Gá. 2:20a.
- G. Debemos permitir que el Señor nos queme de modo que seamos un holocausto continuo que quema a otros y seamos reducidos a cenizas a fin de llegar a ser la Nueva Jerusalén para la expresión de Dios—Sal. 20:3; Lv. 1:16; 6:8-13; 1 Co. 3:12a; Ap. 3:12; 21:2, 10-11, 18-21:
 - 1. Las cenizas representan al Cristo que ha sido reducido a nada; puesto que somos uno con el Cristo que ha sido reducido a cenizas, nosotros también somos reducidos a cenizas, es decir, somos reducidos a nada, a cero—Mr. 9:12; Is. 53:3; 1 Co. 1:28; 2 Co. 12:11.
 - 2. Cuanto más nos identifiquemos con Cristo en Su muerte, más comprenderemos que hemos llegado a ser un montón de cenizas; cuando llegamos a ser cenizas, ya no somos personas naturales; en lugar de ello, somos personas que han sido crucificadas, aniquiladas, quemadas—Gá. 2:20a.
- H. Colocar las cenizas hacia el oriente del altar, el lado de la salida del sol, hace alusión a la resurrección—Lv. 1:16; Jn. 11:25; Fil. 3:10-11; 2 Co. 1:9:
 - 1. En relación con Cristo como holocausto, las cenizas no son el fin, sino el comienzo; las cenizas significan que a Cristo se le ha dado muerte, pero el oriente representa la resurrección—Mr. 9:31.
 - 2. Cuanto más seamos reducidos a cenizas en Cristo, más seremos puestos hacia el oriente, y en el oriente tendremos la certeza de que el sol se levantará y que experimentaremos el amanecer de la resurrección—Fil. 3:10-11.
- I. Finalmente, las cenizas llegarán a ser la Nueva Jerusalén—Ap. 3:12; 21:2, 10-11:
 - 1. La muerte de Cristo nos da fin, nos reduce a cenizas, y en resurrección las cenizas llegan a ser materiales preciosos para el edificio de Dios—1 Co. 3:9b, 12a.
 - 2. Cuando somos reducidos a cenizas, somos introducidos en la transformación que el Dios Triuno efectúa a fin de que lleguemos a ser los materiales preciosos para la edificación de la Nueva Jerusalén—Ro. 12:1-2; 2 Co. 3:18; Ap. 21:18-21.

III. Al llevar a cabo el ministerio neotestamentario de Dios, el Señor Jesús como realidad del holocausto no hizo nada por Sí mismo (Jn. 5:19), no hizo Su propia obra (4:34; 17:4), no habló Su propia palabra (14:10, 24), no hizo nada por Su propia voluntad (5:30) y no buscó Su propia gloria (7:18); Él nunca estuvo decepcionado, debido a que estaba satisfecho únicamente con Dios (Is. 42:4; 50:4-5; 53:2a; cfr. Jn. 4:13-14; 6:15; Mr. 9:7-8):

- A. La vida que el Señor llevaba era Su obra, Su mover y Su ministerio; Su obra era Su vivir, y Su mover era Su propio ser; con respecto a Él no había ninguna diferencia entre Su vida, Su obra, Su mover y Su ministerio; el Señor Jesús vivía Su ministerio—cfr. Lc. 22:26-27; Jn. 10:10b; 1 Co. 15:45; 1 Jn. 5:16a; 2 Co. 3:6; Fil. 1:25.
- B. El Señor Jesús era un hombre de oración; a menudo Él iba al monte o se apartaba a un lugar a solas para orar—Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:28.
- C. Tras el milagro de alimentar a cinco mil, Él hizo que los discípulos se apartaran de Él a fin de tener más tiempo a solas para orar al Padre—Mt. 14:22-23:
 - 1. En la posición de hombre (4:4), el Rey celestial como Hijo amado del Padre (3:17) necesitaba orar a solas a Su Padre que estaba en los cielos a fin de ser uno con el Padre y tener al Padre consigo en todo lo que hacía en la tierra para establecer el reino de los cielos.
 - 2. Él no hizo esto en el lugar desierto, sino en el monte, apartándose de todas las personas, incluso de Sus discípulos, a fin de estar solo para contactar al Padre.
- D. Puesto que Él era un hombre de oración que era uno con Dios, Él nunca estaba solo, pues el Padre estaba con Él; en todo momento Él veía la faz de Su Padre—Jn. 5:19; 16:32; Sal. 16:7-8; cfr. 27:8.

IV. Cuando permanecemos en el amor que es Dios mismo, “se ha perfeccionado el amor en nosotros, en que tengamos confianza en el día del juicio; pues como Él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Jn. 4:17); Cristo, la realidad del holocausto, llevaba en este mundo una vida de Dios como amor, y Él ahora es nuestra vida para que podamos llevar la misma vida de amor en este mundo y ser iguales a Él (3:14; 5:1; 2:6):

- A. La ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu es la ley de Cristo como ley de amor (Ro. 8:2; Gá. 6:2); la ley del Espíritu de vida debe darle sustantividad a la ley de amor, de modo que podamos sobrellevar las cargas los unos de los otros; pero si estamos llenos de orgullo, seremos incapaces de sobrellevar las cargas de otros debido a que nos engañamos a nosotros mismos al pensar que somos algo cuando no somos nada (v. 3).
- B. Cuando la ley de amor es activada en nuestro interior, automática y espontáneamente somos pastores que poseen el corazón amoroso y perdonador propio de nuestro Padre Dios y el espíritu que pastorea y busca propio de nuestro Salvador Cristo—Jn. 21:15-17; Lc. 15:3-7.
- C. Cuando la ley de amor es activada en nuestro interior, nuestra labor en el Señor es un trabajo de amor (1 Co. 15:58; 1 Ts. 1:3), uno de “sostener [o apoyar] a los débiles” (Hch. 20:35) y “[sostener] a los débiles” (1 Ts. 5:14); la frase *los débiles* se refiere a aquellos que son débiles ya sea en su espíritu, en su alma o en su cuerpo, o que son débiles en la fe (Ro. 14:1; 15:1).
- D. Después de Su resurrección, el Señor pastoreó a Pedro y lo comisionó a que apacentara Sus corderos y pastoreara Sus ovejas; en esto consiste incorporar el ministerio apostólico al ministerio celestial de Cristo a fin de cuidar del rebaño de Dios, la iglesia, que tiene como resultado la edificación del Cuerpo de Cristo, que alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén para la realización de la economía eterna de Dios—Jn. 21:15-17.